

EL SECRETO DE LA LUNA



**CUENTOS FANTÁSTICOS
Y OTROS NO TANTO**

Jenaro estaba sentado en su silla de Jenea junto al portalón de su casa. El portalón cerrado, y sólo permanecía abierta la puerta pequeña abrigada por una jaraapa mugrienta. Hacía mucho tiempo que las grandes hojas de madera agrietada y reseca no habían girado sobre sus oxidados goznes. Hacía tantos años que Jenaro apenas podía recordar el olor de sus mulas cuando las atravesaban para descansar en el establo del fondo del corral. Pero si cerraba los ojos podía ver la estampa de la hermosa yegua que su suegro le regaló a Juanica su única hija en el día de sus esponsales.

— ¡Era bella, la *jodía*, y fuerte como una mula!, pensó Jenaro.

Apoyó su barbilla blanquecina sobre las manos, que a su vez sujetaban su bastón entre las piernas despatarradas y al recordar la imagen de su mujer cabalgando sobre la yegua sus-

piró profundamente y exclamó casi como un suspiro:

— ¡También era guapa la Juanica! ¡*Toa* una real hembra! No comprendo cómo la tumbó una *enfermeda* tan tonta. Desde que los hijos se fueron a vivir *pa* la capital ya no fue la misma. ¡Era una sentimental! Ya le decía yo que así no se podía vivir. ¡Olvídalos un rato, mujer, y deja de preocuparte! Vete con tus comadres *pa* charlar con ellas, cantar un rato y hacer bolillos. ¿No ibas a hacerle a tu hija un cubre *pa* su cama? ¡Pues adelante, ponte a ello! Después de *to* conmigo solo en casa no *ties* faena. Porque, ¿No me dirás que yo te doy trabajo? Ni siquiera voy al campo a diario, que con mi *pedacico* de huerta ya tengo bastante para embarrar menos la ropa. Además nos hemos *comprao* la lavadora esa moderna que le das a un botón y ¡Zas!, la ropa *lavá* en un periquete.

En estás estaba nuestro amigo Jenaro cuando acertó a pasar por su calle Agustín, el boticario, al que cariñosamente apodaban “Seis-

dedos". Según dicen los viejos del lugar, el primero que tuvo el honor de ser apodado con semejante nombre fue el bisabuelo de Agustín, don Agustín María el *Seisdedos*, y también se murmura que se ganó el apodo por su habilidad preparando ungüentos medicinales en su rebotica. El actual *Seisdedos*, de jovencito era todo un lechuguino y nadie en el pueblo creía que después de estudiar la carrera de Farmacia en la capital regresaría al pequeño pueblo para pasar el resto de sus días tras un mostrador, pero los aires puros, el agua fresca y la hermosa Filomena, seguramente fueron los causantes de tan difícil elección que, por el resultado, debió ser la correcta. Había pasado mucho tiempo desde aquel día en el que el flamante farmacéutico y la recatada Filo celebraron su boda. Fue una fiesta muy sonada a la que asistieron casi todos los vecinos, con un baile en la plaza amenizado por la música de Perico, el sacristán, que se había aficionado a la música a fuerza de escuchar al señor cura interpretar hermosas melodías en el viejo órgano de la iglesia.

Del joven que estudió la carrera en la capital solo quedaba un adulto de mediana edad, de sonrisa beatífica y de mirada tierna. Completamente integrado en el lugar que había sido cuna de sus antepasados, el boticario era uno más entre sus convecinos y se había ganado su profundo respeto.

— ¿Cómo andas *Jenarico*, esperando a que salga la luna?

— Pues ya ve, eso hago, lo mismo que hacía mi Juana, que el Señor tenga en su Gloria.

— ¡Tu Juana!, ¿hablando con la luna? ¡Anda ya, hombre, si era la más sensata de la casa!

— ¡Pues eso!, si en lugar de pensar tanto le hubiera *hablao* más a la luna, *sentadica* a mi lado, a la fresca, no habría *agarrao* esa *enfermeda* que la dejó seca a la *pobrecica*.

— Pero vamos a ver hombre de dios, ¿en qué quedamos, le vas a hablar a la luna, sí o no?

— Pues mire, *Seisdeo*, ya que me ha *calentao* la boca, le voy a ser sincero. Esta noche, cuando salga nuestro ‘hermoso satélite’ como lo llama el guaperas ese de la tele, que por cierto hoy le toca estar llena, le pienso poner las peras al cuarto. Le voy a preguntar ¿qué narices le decía a la Juana *ca* noche, cuando se me escapaba *pal* corral? Yo sólo sé que la pobre regresaba *pa* meterse en la cama con los ojos *enrojecíos*. Si de *verdá* alguna vez le dio algún consejo, cosa que no me creo, debió ser *mu* malo. Y eso me lo va a explicar el *mu...desgraciao* del satélite.

— ¡Pero Jenaro, por Dios, deja de decir estupideces! ¿Has pasado por la taberna del forastero, y en lugar de un par de vinos te has atizado un güisqui?

— Sí, hombre sí, fui *pa* la taberna del americano, pero sólo me eché *pal* colete dos *vasicos* de vino, *qu’el* güisqui no me va.

— Muy bien hombre, pues vete a la cama que va haciendo fresco, no sea que el relente te fastidie el reuma, el de la pierna, como todos los

años. Te dejo, que si no la parienta se va a cabrear porque no soporta que se enfríe la sopa.

— Con Dios, *seño* boticario!

— Hasta mañana Jenaro! Y no te cabrees demasiado con la luna, ya ves lo que le ladran los perros y, a ella, le importa un pimiento.

Jenaro observo a su compadre Agustín alejarse como una sombra silenciosa. Sus albarcas de suela de goma acariciaban los adoquines sin emitir el más mínimo sonido. Las cuatro farolas de la calleja apenas se veían porque, seguramente, en el ayuntamiento todavía no se habían percatado de que el sol hacía más de una hora que decidió ocultarse detrás de la '*Montañica*', como llamaban en el pueblo a su cercano horizonte. Sin embargo el otoño, como cada año, estaba en su puesto acortando el día. Jenaro, alzó su mirada para ver si la luna mostraba su redonda cara de una vez. "No tardará, pensó porque el cielo está *mu* claro y no se ven *la estrella*". Como si estuviera escuchando al viejo,

un trocito de luna se asomó por encima de la casa de enfrente. La casa de Tomás el alfarero que, junto a su familia, se mudó el pasado año para venderle sus vasijas y botijos a los turistas de la costa. Jenaro balanceó su silla para apoyar el respaldo contra la pared de la casa, en esa posición le sería más cómodo observar a su visitante nocturno. La sonrisa se fue convirtiendo en un hermoso disco amarillento y grandioso. Los ojos del viejo comenzaron a parpadear constantemente, al principio porque le escocían de tanto fijar la mirada en el astro. Más tarde, cuando la luna se dirigió a él para hablarle bajito, Jenaro seguía parpadeando para enjugar sus lágrimas.

— Ya lo sé, mi querida Juanica, pronto *estaremos junto*, como cuando *éramo niño* y nos *robábamo beso* en la era ¿*Lo recuerda?*...

La mañana siguiente, Agustín decidió pasar a ver a su amigo, su conversación de la no-

che anterior lo había mantenido despierto, cosa extraña en él que era un hombre pragmático y poco dado a las preocupaciones que no fueran estrictamente necesarias. Cuando llegó a la casa de Jenaro y vio que la silla y el bastón permanecían en el mismo lugar que la noche anterior y que la puerta seguía abierta, llamó a su amigo. Sólo le respondió el sonido del viento agitando las hojas de la higuera del corral. Separó la jarampa y se introdujo en el desolado zaguán. Volvió a llamar al viejo. Un leve eco le respondió. Algo se revolvió en su interior. Unos pasos más y abrió la puerta de la habitación del fondo, la que daba al corral. Allí, sobre la cama de matrimonio, perfectamente vestida con su colcha de ganchillo, parecía descansar plácidamente el cuerpo de Jenaro. Iba ataviado con su traje de boda, aunque los botones de su chaqueta no estaban abrochados, pero sobre su redondeado vientre y fuertemente sujeto con ambas manos descansaba un viejo retrato de su boda con Juanica, ‘su real hembra’.

Agustín se acercó al cuerpo de su amigo y comprobó que hacía varias horas que su corazón había dejado de latir. La muerte era una vieja conocida para él, sin embargo la presencia de aquel cadáver, rústico y delicado a la vez, romántico y torpe le produjo una emoción tan especial que el boticario tuvo que tomar asiento y dejar que su pecho se desahogara con unas lágrimas tan abundantes que apenas le dejaban respirar. Pasaron varios minutos hasta que pudo recuperar el control. Se levantó de la silla y abrió la ventana que daba al corral para que el aire fresco de la mañana saludara, por última vez, los restos de su amigo. Después se acercó a él y le acarició suavemente la cabeza para ordenarle algunos cabellos que se habían alborotado. Dejó la casa, con la puerta abierta y la jarapa bailando, indiferente, sacudida por el viento.

“Su amiga la Luna, lo llevó junto a Juani-ca”, pensó sin darse cuenta de lo que decía. “Tengo que prepararle un gran funeral para que todo el pueblo pueda despedirse de él”.

Madrid, otoño de 2014